

**opinión**

# Matar contra las cuerdas



Eduardo Coca Vita  
Cazador y escritor

***El agarre en libertad se pinta de grandeza; mas, contra los vallas, se embadurna de vileza***

**S**i preguntásemos sobre carreras de galgos y liebres en un recinto vallado, seguro que las desaprobaciones rozarían el cien por cien. Incluidas las de quienes cierran sus fincas o montean entre vallas. Daría vergüenza ver al matacán tropezando con la tela metálica, nos dirían y sería el sentir de unos y otros.

Paradójicamente, el agarre de reses en estas circunstancias no se ve ignominioso y ni siquiera lo censuran dueños, organizadores y cazadores. Hay “monteros” que, alardeando de habilidad y valor, las rematan acogotadas por los perros contra los cables. Confunden sin pudicia la bondad del remate en campo abierto con la iniquidad del “apuntillamiento”. Tanto como igualar la hazaña a la emboscada y el lance al golpe. Aprovecharse del ventajismo de un infamante artilugio que el instinto de las

Florencio A. Markina





Florencio A. Markina

reses (comúnmente cérvidos) no advierte en el ardor de su lucha extrema frente al aluvión de canes, e incapaces de salvar la vida saltando por arriba o gateando por abajo.

Sólo por no contemplar a un venado trabado en la malla que frena en seco su ágil y elegante huida, deberíamos los cazadores de sentimiento renunciar a los cercados. El agravio y la injuria aumentan si se trata de hembras o crías, sobre todo viendo a cada una por un lado. Me desagrada y desasosiega asistir a tan duro juego y oír narrarlo. Son de las escenas que más nos denigran, el alegato gráfico más crudo y contundente frente a las rejas, de ahí el cuidado puesto por sus protagonistas en no divulgarlas. Porque, ante la imagen real, con más elocuencia que mil palabras, carecerían de cualquier razón los cazadores interpelados por quienes no practican la caza, y peor aún por los que la tildan de sanguinaria. No sé qué mayor descrédito cabe suponer para poner colorado a quien esté en el trance.

Se puede explicar la crueldad en la caza –y defenderla como natural, incluso extendiendo su naturalidad al empleo de perros que localicen las piezas y las persigan hasta alcanzarlas–. Eso, por legítimo, ni me crea problemas de conciencia ni me plantea interrogantes. Pero moral y éticamente es injustificable que, además de llevar rehalas y valernos de ellas “culturalmente”, pongamos trampas a sus presas para que ventajosamente les hinquen el diente.

Y más grave resulta que esas trampas concluyan en enganchar a un animal silvestre para que lo devoren los domésticos, sin haberlo parado por sus fuerzas y méritos, con total falta de salvación, sin escapatoria posible. No comprendo que en tales condiciones alguien se acerque puñal en ristre a demostrar cómo se degüella y cachetea a un indefenso, anotarse la faena y llevarse por trofeo al pobre irracional así “cazado”.

De lo que dan ganas es de espantar los perros y abrir un boquete en los barrotes. De eso dan ganas. Pero como leyes y propietarios no lo permiten, mejor renunciar a los cotos cerrados y eludir verse apostado en los rincones de una alambra que tapa las salidas a todo lo que por allí asome. En definitiva, renegar de montero moderno y evocar el pasado viviendo de los recuerdos.

Libre es quien quiera para lo contrario, aunque ni el campeón mundial absoluto de liberalismo tendrá claro que el albedrío humano ampare semejantes maldades, germinadas al abrigo del dinero y la comodidad entre riegos y abonados de ganancia y vanidad. ¿O también debe admitirse que eso es caza, cazar y hacer deporte? Mostrémoslo, entonces, a los “intransigentes” ecologistas y políticos que se empecinan en no valorar las tradiciones de la montería ni reconocer el noble arte de los monteros.

Espero respuesta argumentada de quien se sienta afectado por mis juicios y opiniones, que expreso con luz y taquígrafos, sin beneficio para mí ni mis intereses. Admito réplica, sin eludir un debate sobre este nuevo, romántico e inútil canto al libre movimiento de las piezas de caza mayor.

Los cinco o seis de siempre me llamarán para arengarme con lo valiente que soy, lo claro que hablo, lo bien que hago al seguir siendo así. Los demás continuarán su camino en tropel, sin desviar la marcha. Dicen que son más de un millón. ¡Como para ponerse delante! Si no ha nacido todavía quien detenga el tren cruzándose en las vías, ¿a qué esta página? Que yo sepa, no está prohibido inmolarsse por una causa. Y es preferible el honor íntimo a la afrenta pública. Siempre la honra antes que los barcos. ■